

# El jamaicón y sus precursores

Sealtiel Alatraste



Según me explicó hace unas semanas Álvaro Enrigue, nuestras posibilidades de ganar el próximo mundial de fútbol son muy reducidas. Aún saliendo airosos de la primera fase, el camino posterior será arduo. Según él, analizó las variadas posibilidades con su hijo, y la selección mexicana sufrirá un descalabro, más temprano que tarde, pero difícilmente llegará a cuartos de final. Cuando me narraba sus conclusiones me acordé que yo hice un análisis semejante para pronosticar el lugar que podría ocupar México en la clasificación final del campeonato mundial de Chile, en el ya remoto 1962. Analizando el calendario de juegos, había concluido que si la selección ocupaba el segundo lugar en el grupo de Viña del Mar, en el que participaba (Brasil seguramente sería el primero), tendría grandes posibilidades de disputar la final, precisamente frente a los brasileños. El pronóstico no estuvo tan errado pues los checoslovacos, que ocuparon esa segunda plaza, disputaron la final con Brasil. México había caído miserablemente frente a España en el último minuto de su segundo juego, una escapada de la saeta Gento (puntero izquierdo del Real Madrid), y un remate a boca de jarro de Luis Suárez (interior del Barcelona), hicieron que el equipo tricolor dejara escapar la oportu-

nidad de su vida. Así terminaba un drama que se había anunciado meses antes, sobre el césped del Estadio de Wembley, en lo que muy pronto sería el *swinging London* de los primeros años sesenta.

Por entonces, las Chivas del Guadalajara dominaban la escena futbolística nacional, habían obtenido siete campeonatos en nueve temporadas, y ganado prácticamente todos los trofeos que estuvieron a su alcance. Su defensa era infranqueable, con el Tubo Gómez en la portería y Chaires, Sepúlveda y Villegas, en la zaga, no había equipo que los derrotara. En la tradicional formación del tres-dos-cinco (que los brasileños trataron de nulificar con su cuatro-dos-cuatro) el Guadalajara de los años cincuenta y sesenta era imbatible, particularmente por la banda derecha, donde el defensa conocido por el mote del Jamaicón Villegas, secaba cualquier ataque.

Recuerdo un partido contra un equipo brasileño —creo que era el Botafogo, aunque bien pudo ser el seleccionado nacional carioca— que se celebró en Ciudad Universitaria. Manuel Francisco Dos Santos, mejor conocido como Garrincha, el mejor extremo derecho del mundo, quedó en ridículo cada vez que quiso driblar al

Jamaicón. Éste, con la mirada puesta en el balón, nunca hizo caso del movimiento de piernas del famoso cascorvo, y jugada tras jugada lo dejó tendido en el pasto. Fue un día de gloria para el fútbol mexicano y, en particular, para los seguidores del campeónísimo Guadalajara. Se iniciaba así la historia de una gloria nacional, José, el Jamaicón Villegas, que años después terminaría en tragedia.

México preparaba su participación en la Copa del Mundo que se celebraría en Chile. En 1958 habíamos anotado el primer gol en una competición mundial y el país entero creía que un futuro portentoso —en términos futbolísticos— nos esperaba. Si el Jamaicón había vencido una y otra vez a Garrincha, ¿qué no podría hacer cuando se vieran las caras en *la grande*? La Federación Mexicana había concertado una gira por Europa y la selección, a cargo de Ignacio Trelles, viajó con elementos de reconocida capacidad. Cuando llegaron a Londres ya habían disputado uno o dos partidos, no en todos habían andado bien, pero si se consideraba que eran partidos de preparación, la experiencia estaba saliendo a pedir de boca: los muchachos se estaban fogueando. Fue precisamente esa idea, que todos los jugadores necesitaban foguearse, el arma que usó el destino para hundir al Jamaicón. Hasta ese día, la meta nacional había estado resguardada por la Tota Carvajal, el portero más seguro con que ha contado México, pero Trelles necesitaba probar al arquero suplente, el Piolín Mota. Pocos minutos antes de saltar a la cancha, don Nacho anunció la alineación. Mota se puso lívido al escuchar su nombre. “No te preocupes”, le dijo el entrenador, “ahí estará el Jamaicón para guardar la defensa”. Villegas ya estaba en otro lado y no escuchó nada, un ataque de melancolía había apesadumado su estado de ánimo. Aquel partido contra la selección inglesa fue como la batalla de Waterloo para Napoleón, se perdió ocho goles a cero y, en la mayoría de los tantos ingleses, el puntero derecho pasó como “Juan por su casa”, el Jamaicón fue incapaz de detenerlo una sola vez. Entrevistado por un periodista esa misma noche, el valioso defensa izquierdo del tricolor dijo que extrañaba a su mamá, que llevaba días sin tomarse una birria y que la vida no era vida si no estaba en su tierra.

Carlos Calderón cuenta la anécdota de otro modo y en otro tiempo. Sitúa la escena en Lisboa, durante una cena que se le ofrecía a la selección mexicana antes del campeonato del 58. “José Villegas”, dice el cronista, “abandonó la cena y se fue melancólico a caminar por los jardines. Las estrellas brillaban en lo alto del claro cielo portugués y Villegas volteaba al mismo y suspiraba con melancolía. Trelles, que se encontraba al tanto de sus jugadores, al ver que el Jamaicón no volvía, lo buscó por todos lados hasta que dio con él, sentado en la base de un árbol con la cara al cielo y rodeando sus piernas con ambos brazos. Se acercó al jugador y le preguntó:

“¿José ya cenaste, qué haces aquí afuera?”. El Jamaicón le respondió: “Cómo voy a cenar si tienen preparada una cena de rotos. Yo lo que quiero son mis chalupas, unos buenos sopes y no esas porquerías que ni de México son”.

Así se le dio nombre a uno de los males de los mexicanos: nuestra incapacidad para competir con o en el extranjero se llama *Síndrome del Jamaicón*. El mal, sin embargo, venía de lejos, y bien podemos rastrear sus antecedentes. Pongo dos ejemplos.

En 1945, Silverio Pérez —gloria del toreo mexicano, a quien Agustín Lara había dedicado un paso doble, el matador que enfrentó a Manolete en los cosos mexicanos— iba a tomar la alternativa en la Plaza de Las Ventas, en Madrid, con Armillita como testigo y Domingo Urrutia como padrino. El miedo que Silverio tenía a torear en el extranjero era leyenda, y con la corrida ya firmada, presentó un certificado médico que lo excusaba: un repentino mal de la vista hacía que viera doble, ¿cómo iba a torear si veía a dos astados?, alegó, ¿a cuál de los dos mostraría la muleta? Como le pasaría al Jamaicón años después, extrañaba tanto a su mamá como a los chiles serranos que le preparaba en su casa de Texcoco. Silverio nunca pudo tomar la alternativa en España, regresó a México y para desagrararlo y restarle importancia a su mal, Cantinflas lo invitó a comer, un mano a mano gastronómico, como quien dice. Comieron quesadillas de botana, y cuando sólo quedaba una, Cantinflas dijo: “Como usted ve doble compadre, yo me tomé ésta y le dejo la otra”.

El otro caso memorable es el del Chango Casanova. Se dice que este boxeador, baluarte del complejo de inferioridad a la mexicana, era agresivo con los que consideraba igual de nacos que él, pero que se apantallaba con los gringos. De todos es conocida su derrota frente a un boxeador estadounidense por la sencilla razón de que le habló en inglés, amedrentándolo y haciéndolo bajar la guardia. Curiosamente, dicen que tuvo amoríos con Mae West, quien estaba encantada con su capacidad amoratoria. Posiblemente fuera tan fiera en la cama como en los *rings* del país, pero su mal estaba en no poder enfrentar *lo otro*, eso que está más allá de las fronteras de la patria, que habla en otro idioma y no usa tortillas para degustar sus platillos.

Rodolfo Casanova inspiró la película *Campeón sin corona* de Alejandro Galindo. Para muchos, el famoso director la filmó para recordarnos que somos unos agachones, para otros, el filme repasa uno de los grandes conflictos de México: la lucha de la modernidad contra la tradición, del pasado contra el futuro, todo dentro de las contradicciones de la marginación y el progreso del México de mitades del siglo xx. En cualquier caso, es fácil rastrear en la película que, al menos en lo deportivo, el siglo pasado estuvo dominado por el *Síndrome del Jamaicón*.